

Consideraciones sobre el espíritu académico y su misión en el siglo XXI

Dr. Emilio J. Gimeno

Estimados amigos

Esta noche de celebraciones y recuerdos, me toca a mí compartir con ustedes un particular momento de reflexión y análisis, sobre lo que significaron y significan las Academias, como expresión de la calidad del conocimiento humano, tratando de destacar, particularmente para la nuestra, el complejo papel que nos corresponde asumir, ante el avance de las ciencias y el cambiante y multifacético escenario que enfrentan las sociedades del siglo XXI.

El espíritu académico a través de la historia y en la Argentina

El resumen más emblemático de lo que significa el espíritu académico, lo supo reflejar el arte de Rafael Sanzio en 1510, en el cuadro que todavía se exhibe en el Museo del Vaticano y donde se evoca la Escuela de Atenas que funcionaba en la casa de Akademos, el amigo de Platón, que por el 380 AC fuera el mayor centro del conocimiento griego. Aparece en la imaginación de Rafael, un Platón ya anciano, caminando y discutiendo con otro miembro de apariencia más joven, Aristóteles. La imagen de la función académica como centro de discusión de ideas, la muestra Rafael, haciendo sostener a ambos filósofos respectivos libros en sus manos, que tratan de sintetizar las bases de sus pensamientos. A Platón con su Timeo, Rafael lo imagina alzando su brazo con el índice hacia el cielo, pareciendo querer explicar los complejos usos de la deducción y de su mundo de las ideas. Por su parte Aristóteles, caminando a su lado, sostiene su libro sobre la Ética, que enseña a manejar la sabiduría con equidad y hace un gesto con la mano derecha, con una actitud de calma, como para explicar la inducción que nos permite conocer la realidad. La escuela de Atenas que representa el origen de las Academias, tenía en sus jardines como imagen directiva, la de la Diosa Atenea, que representaba a las artes y oficios y al conocimiento en general. Junto a Atenea estaban las tres «gracias» que en griego se llamaban «cártes», que no sólo representaban la belleza con que hoy las reconocemos, sino la brillantez de la inteligencia, la benevolencia de la sabiduría y la alegría del espíritu. Vale la pena recordar que nuestra Academia registra, en sus sellos y emblemas la figura de la mujer que representa a Deméter, Diosa de la Agricultura, que fuera Ceres para los romanos y simboliza con su imagen las cosechas y la labor agrícola.

El avance de los tiempos desde aquellos de Atenas, que dieron la base del pensamiento occidental, fue reconociendo la necesidad de crear nuevos templos de respeto al conocimiento y a los valores que encierra la cultura, la ciencia y el humanismo. Surge así, como resultado del Renacimiento en el siglo XVI, el resurgimiento del espíritu académico con la fundación de la

Accademia Della Crusca en Florencia en 1582, dedicada a los estudios lingüísticos del italiano y como resultado de su creación, se concretó la edición del primer diccionario en 1612.

Siguió luego, Francia en 1613, cuando el Cardenal Richelieu convocó a 40 notables, para fundar la Academia Francesa, también para encarar el estudio del idioma, ampliándose a los pocos años a las Bellas Artes, las Ciencias Morales y Letras.

También en España la preocupación idiomática, por defender el idioma, llevó a Felipe V a la creación de la Real Academia Española en el año 1713, cuando la extraordinaria expansión del imperio Español en América y otras partes, obligaba a una misión depuradora de la lengua española. Tomó un epítome como lema que la hizo famosa en todo el mundo: «limpia, fija y da esplendor» como preocupación para mantener la pureza del idioma frente a las múltiples regiones que abarcaba el continente Americano. Produjo así varias publicaciones para preservar la gramática y ortografía, para culminar finalmente con el Diccionario de la Lengua Española con su primera edición publicada en 1780, que luego siguió en sucesivas ediciones como la obra de referencia del idioma, hasta la actualidad. La preocupación por defender la lengua, llevó a la Academia a multiplicarse por casi todos los países de América, creando Academias correspondientes, que manteniendo la unidad idiomática, atendiese a las formas propias del habla de cada región. Se fundaron así más de 18 Academias desde la Colombiana en 1871, hasta la Norteamericana de la Lengua Española en 1973. Argentina y Uruguay se mantuvieron ligadas con sus respectivas Academias de Letras, con estatutos independientes, pero sí asociados a la Española.

El avance de las ciencias a partir del siglo XVII, hicieron orientar la labor de las Academias, a otros enfoques además de los literarios originales, para seguir caminos en los que dominaba la ciencia experimental. Inglaterra crea su Royal Society en 1662, que si bien se inició en las letras, pronto abarcó las ciencias investigativas. Se abrió así a la Geográfica, la Física y la Química, con figuras como Isaac Newton, elegido Presidente en 1699, además de participar otras figuras señeras como Michael Faraday, descubridor de la inducción electromagnética y James Watt, inventor de la máquina de vapor.

En Alemania se creó la Academia Prusiana de Ciencias de Berlín, en 1700, destacado centro de Ciencias, del que siglos después fuera Presidente el físico Max Planck, fundador de la Teoría cuántica.

En EEUU se creó en 1743 The American Philosophy Society en Filadelfia, proyectándose en actividades de Artes y Ciencias, que junto con la de Boston en 1780, fue la base para que después Abraham Lincoln fundase en Washington, la National Academy of Science en 1863, en plena guerra de Secesión.

En Suecia se creó la Academia de Artes y Ciencias en 1786, que desde 1901 comenzó a otorgar los Premios Nobel en diversas disciplinas. Recordaremos hoy los primeros galardonados, que fueron nada menos que Wilhelm Röntgen en Física, por su descubrimiento de los rayos X; Jakobus van't Hoff en Química, por sus investigaciones sobre ósmosis; Emil von Behring en Fisiología y medicina por sus avances en la seroterapia y Sully Prudhomme en Literatura. Sirva también este recuerdo, como homenaje a nuestros Nobel, Bernardo Hussay de Fisiología y Medicina de 1947, Luis Leloir de Química de 1970, Cesar Milstein formado en la Facultad de Ciencia Exactas de UBA y galardonado en Medicina en 1984 por sus trabajo en Cambridge. Además recordemos a nuestros Nobel de la Paz; Carlos Saavedra Lamas en 1936 y A. Pérez Esquivel en 1980.

Completaremos esta referencia histórica con la mención de la Academia de Ciencias de San Petersburgo en Rusia, que se transformó con la revolución en la Academia de Ciencias de Rusia desde 1917.

Las primeras actividades académicas oficiales en la Argentina fueron el 18 de abril de 1822 por Decreto de Bernardino Rivadavia y Martín Rodríguez cuando se constituye en una sala de la Universidad de Buenos Aires, la Academia Nacional de Medicina. En 1869, se crea la Academia de Ciencias de Córdoba bajo la Presidencia de Domingo F. Sarmiento y la participación de Nicolás Avellaneda como Ministro de Justicia e Instrucción Pública. La Academia de Córdoba fue el faro que iluminó los primeros pasos de la ciencia en Argentina con un pionero como Germán Burmeister, que dirigió la creación de la Facultad de Ciencias Exactas, en la Universidad de Córdoba, con la participación de un selecto número de personalidades científicas, especialmente traídos de Europa. Debemos recordar a Burmeister, como autoridad en la descripción y **taxonomía** en **zoología** y botánica, además de Paleontólogo, enfrentado frecuentemente con Florentino Ameghino, en la interpretación de Darwin.

En adelante, las academias por lo general se fundaron en el país por decretos del Poder Ejecutivo, asociándolas a alguna de las facultades de la especialidad, inicialmente incluyéndolas como actividad de sus consejos académico. Tal ocurrió con la de Ciencias Exactas Físicas y Naturales en 1874 y la de Derecho 1906, a pesar de haber existido intentos de hacer funcionar entidades de derecho desde 1815, más para estudiar procedimientos judiciales que al estudio de la filosofía del derecho.

De esa misma manera el 10 de mayo de 1909 por Decreto de PE, se incorpora a la Universidad de Buenos Aires, el Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria dependiente hasta entonces del Ministerio de Agricultura, que en el mismo año se transforma en Facultad, y el 22 de mayo de 1910, se reconocieron como académicos los miembros de su Consejo, naciendo así la Academia de Agronomía y Veterinaria que en su primer etapa fue «dependiente» de la Facultad.

Durante esta primera etapa, ocurre un hecho sombrío, como fue por razones políticas la clausura de las Academias Nacionales entre 1950 y 1955. Su renacimiento, hasta la actualidad se produce a partir del 15 de diciembre de 1955, con el Decreto 4365, que en su Art 1º, señala no sólo sus fines y objetivos, sino las exigencias de excelencia que deben adornar a sus miembros.

A partir de entonces la Argentina se integra al «espíritu académico» moderno. Se establecen regímenes, estatutos y normas que trascienden y marcan el sostén legal de sus corporaciones como entidades de excelencia, pero básicamente creando el sentido de resguardo en el pensamiento científico, cultural y de las Artes en defensa de las instituciones del país.

Los principios universales del espíritu académico

En la Argentina y casi todo el mundo a través de los tiempos, las Academias han defendido y desarrollado sus especialidades, más allá de sus estatutos y constituciones, sobre las base de principios bastante coincidentes que definen el carácter académico. Independientemente del grado de nivel alcanzado en cada país, especialidad y tiempo, existe una conducta general sobre la que se basa lo que constituye además del razonamiento académico, lo que caracteriza al «espíritu» académico.

Las Academias no son entidades políticas, ni tienen responsabilidad de gobierno, ni de hacer leyes o juzgarlas, pero sí deben ser rectoras para definir conductas sobre la base de pensamientos científicos, análisis económicos y expresiones de cultura. Ello surge espontáneamente y aceptado en razón de los valores humanos y técnicos que la sociedad les reconoce como expresión de su excelencia dentro de cada campo del accionar humano.

Debemos reconocer como principios básicos y universales que caracterizan esa conducta, sustento de la excelencia de las instituciones académicas, a los siguientes: **Autonomía, Ética, Trabajo, Innovación, Ejemplo**. En la medida que sus expresiones sean resultado del nivel de esas conductas, también será proporcional la confianza y respeto que lograrán de la sociedad que representan.

Cuando hablamos de **Autonomía** significa libertad de opinión e independencia económica, que las libren de ataduras y compromisos al poder de turno y otros intereses, para poder expresar sus opiniones técnicas y humanísticas con completa prescindencia de otro factor que no sea la vivencia y verdad relativa de sus miembros, surgida de discusiones y opiniones producto de la libre experiencia y expresión.

La **Ética**, es la expresión social de respeto a los otros, que fija las normas que para determinado tiempo debe cumplir cada uno de nosotros buscando el bien general. Como dijeron Sócrates y Platón «la falta de ética no consiste en la ignorancia del deber, sino en la mala voluntad para cumplirlo». Existe una

moral social que nos obliga a respetar los derechos de los otros y tener conceptos de altruismo para ayudar dentro de nuestra capacidad al bien general. En ese aspecto rige lo que llamamos ética de cada profesión, que por lo tanto se aplica con máxima responsabilidad a las academias que las representan. En este punto debemos volver a Aristóteles, cuando señala que las virtudes humanas se dividen en intelectuales y morales, las primeras dependen de la capacidad del conocimiento y las segundas de las costumbres. Nuestra función como académicos es impartir una conducta moral en la aplicación de nuestros conocimientos, pero más aún en el respeto a normas de vida que ayuden a la distribución equitativa de obligaciones y derechos.

El otro factor de respeto a la labor académica es el **trabajo**. El trabajo es la única forma de concretar en hechos tangibles, las capacidades y los pensamientos producto de la experiencia acumulada a través de la vida. El trabajo de las Academias debe brindar al bien común su saber y conocimientos y debe ser la consecuencia válida de las otras virtudes morales mencionadas. Debe tener un agregado fundamental como misión social de las Academias, que es la **innovación**. La innovación ha sido siempre el motor que impulsó el desarrollo humano, desde el descubrimiento del fuego hasta al átomo, desde la vida humana como cazador hasta la convivencia en grandes ciudades. La innovación ha sido la que paso a paso acompañó al hombre a aprender a vivir y a convivir. Las academias son los centros que deben orientar a manejar las innovaciones con sentido moral y social, adaptándose a lo nuevo para poder manejar los riesgos que siempre encierra todo descubrimiento reciente, ante el futuro.

Por último, la función académica debe ser **ejemplar**. Ejemplar por todos los atributos que mencionamos, por su contenido de conocimientos, por sus valores éticos, por su aplicación innovativa y la de la responsabilidad que asume la Academia como referente social. La labor ejemplar es lo inherente al «espíritu académico».

Nuestra Academia de Agronomía y Veterinaria frente a la Argentina agropecuaria

Hasta aquí, hemos analizado el espíritu académico en sus valores intelectuales y morales. Corresponde ahora enfrentar la realidad aquí y ahora, la que afecta a nuestra academia, en el siglo XXI, en la Argentina y en la explotación agropecuaria en particular con sus realidades y sus proyecciones al futuro. . Nuestro país ha tenido el privilegio de extenderse en una de las zonas con más aptitud agropecuaria del mundo. Se calcula que sólo un 14% de sus 2.760.000 km², no es aprovechable para alguna función, sea agrícola, ganadera o forestal.

Desde el inicio de su época colonial hasta el desarrollo del flujo migratorio de los siglos XIX y XX, la Argentina fue siempre un país con excepcionales condiciones naturales, que se inició primariamente con la cría vacuna y siguió

tras las corrientes migratorias con el desarrollo de la agricultura; de tal forma que en algún momento, la Argentina fue considerada, como granero del mundo y su nombre como sinónimo de carne. Hoy la Argentina es un país de contrastes, nos encontramos con brillantes resultados y con opacas respuestas a los desafíos de la época, oscilando entre conductas que dicta la razón o responden arbitrariamente al misterio de los caprichos.

La ganadería vacuna, se desarrolló adaptando las genéticas de otras latitudes a una producción extensiva de alta calidad, con condiciones sanitarias y alimentarias facilitadas por sus campos y climas. El avance de los tiempos impulsó la tecnología en la producción animal no sólo en el mejoramiento genético, sino en la aplicación de adelantos de la ciencia reproductiva. Desarrollando la prevención sanitaria, pudimos erradicar a la Fiebre Aftosa luego de más de cien años de infección, además de crear una industria veterinaria de avanzada, y perfeccionar sistemas alimentarios que logran precocidad y adaptación a nuevas zonas ganaderas del NEA y NOA, más allá de la Pampa húmeda.

Con respecto a la agricultura, también progresó en los últimos años, adaptándose e innovando condiciones tecnológicas de laboreo y manejo. Se avanzó en la genética agrícola transformando especies vegetales, que producen rendimientos que hace quince años, hubiesen sido impensables en la producción cerealera y oleaginosa, no sólo para la producción alimentaria, sino para un nuevo campo como es el de los biocombustibles. Una buena descripción de la evolución de la agricultura argentina entre 1961 y 2008, lo realizó nuestro cofrade Lucio Reca en su obra «Crecimiento de la Agricultura Argentina», en donde se demuestra que el área sembrada se triplicó de 10 a 30 millones de ha y se multiplicó por ocho la producción de 12 a 95 millones de toneladas entre granos y oleaginosas cosechadas, con rendimientos anuales de los cultivos que superan el 150% por ha sembrada.

Junto a este desarrollo, se fortaleció una industria agroquímica y de fertilizantes que facilitó el desarrollo del área sembrada y ayudó a rendimientos en niveles comparable con los países más desarrollados del mundo. Simultáneamente la agroindustria alimentaria derivada de carnes y granos, también se desarrolló en el país al ritmo de los avances de la ingeniería, la sanidad y las condiciones de marketing internacional, teniendo la posibilidad de elaborar productos alimenticios que pueden satisfacer necesidades, gustos y exigencias nutricionales no sólo para nosotros, sino para los más variados mercados internacionales.

El mundo del siglo XXI, con sus 6500 millones de habitantes, la globalización con sus problemas pero también con sus ventajas, el desarrollo fantástico de la comunicación, el aumento de la expectativa de vida, derivan en una demanda alimentaria mundial con aumento de necesidades proteicas, que han creado un escenario francamente favorable, reconocidos por todos para la Republica Argentina. La ANAV tiene la responsabilidad que brinda la experiencia de sus

miembros para cooperar en ese desarrollo y orientar para aprovechar eficientemente las condiciones del país.

Errores antiguos y distorsiones de los últimos tiempos

En los últimos tiempos esas favorables condiciones agrícolas y ganaderas para desarrollar los avances de la tecnología, tanto en el orden vegetal como animal, que deberían aprovechar las ventajas comparativas y transformarlas en competitivas, para ubicarse privilegiadamente en el orden mundial, actualmente lejos de avanzar retrocede en la producción animal y sufre distorsiones en la agrícola.

El stock ganadero, a pesar del desarrollo tecnológico, ha estado estancado en los últimos cincuenta años, entre 50 y 55 millones de cabezas, cayendo desde 1977, cuando llegó al máximo de 61 millones. Perdió en 1971 el primer lugar como exportador de carnes y hoy aparece superado y relegado a cuartas y quintas posiciones, por países a los que antes les exportaba como Brasil, quien pudo duplicar su producción y transformarse en primer exportador mundial. La realidad dice que Argentina ha perdido 10 millones de cabezas en los último cuatros años cayendo a 48 millones según las estimaciones de Senasa de abril de este año.

La producción agrícola, si bien se ha desarrollado impulsada por la genética y la tecnología, se ha monopolizado en una superproducción de oleaginosas, sembrando soja al máximo posible, que abarca los 2/3 del área sembrada. Este proceso de desarrollo de oleaginosas, si bien es coincidente con otros países en el mundo, en la Argentina no lo es tanto por fundamentos agrícolas, sino por distorsiones fiscales e impositivas, que obligan a la siembra de soja, en detrimento de otras producciones.

Otro ejemplo de distorsión productiva, ocurre con el trigo. En el 2009, se presentó un retroceso en la cosecha a niveles de 8 millones de t, derivado de la sequía del año y de medidas desalentadoras para producirlo. Para encontrar un volumen semejante, debemos remontarnos a muchos años atrás, por la cosecha 65/66, ya que por los rendimientos de la tecnología aplicada actualmente, a iguales hectáreas sembradas, permiten duplicar las toneladas producidas.

Otro ejemplo significativo del estancamiento argentino, es la pérdida de posiciones internacionales. La participación argentina total en el mercado mundial, era en 1948 del 2,8% del comercio internacional, compuesto básicamente por carnes y granos. En el 2008 fue sólo 0,4% del total de las exportaciones y el 0,2%.de las importaciones mundiales, según cifras de la OMC.

¿Qué nos ha pasado? Ya hemos dicho que las Academias no deben ser centros de política, aunque sean de pensamiento. Ello nos obliga a ser analíticos,

aunque no jueces. Debemos exponer las realidades y razonamientos, que ayuden a producir conclusiones, como hacia Sócrates con su razonamiento «mayéutico», en el que dejaba las conclusiones a sus interlocutores.

Esa distorsión de políticas agropecuarias, no es nueva ni aleatoria. Ya en 1952, se comió pan negro por la reducida cosecha de trigo de ese año, ocurrida por razones no sólo climáticas sino también arbitrarias. Estos deterioros de la producción, que perjudican a la propia sociedad, surgen como consecuencia de los criterios que gobernaron la sociedad argentina en los últimos sesenta años, uno de cuyas consecuencias más importante es la inflación.

Las tendencias inflacionarias que se manifiestan en la Argentina, más que en ningún otro país, demuestra uno de los procesos inflacionarios más continuos y prolongados en el mundo. La Argentina ha devaluado, su moneda desde 1969 hasta el inicio de la convertibilidad en 1992, en una cantidad expresada por el valor de 10 a la potencia trece, o sea una cifra sideral imposible de imaginar, cuando decimos que un peso moneda nacional equivaldría a 10 millones de millones del peso actual. Terminada la convertibilidad, desde 2002 sigue el mismo signo monetario, pero horadado anualmente por una inflación – que si bien es menor, también continuada - nos va anunciando tristes y repetidas experiencias, ya conocidas.

La inflación es causa y consecuencia al mismo tiempo de tendencias de políticas con carácter demagógico, que prefieren por lo general falsear y postergar los problemas, antes que plantear las crudas realidades, que como en todos los países, se deben enfrentar.

En nuestra historia repetida, la inflación es una avenida de dos vías. Una es el escape de la sociedad a una falsa ilusión de riqueza imaginaria, la otra vía es el camino por el que suele penetrar el populismo, esgrimiendo falacias, buscando culpables y aprovechando las mezquindades humanas.

A través de los años, ello nos acarreó otros problemas como la falta de respeto a la ley, tendencia a la que los pueblos adhieren fácilmente, cuando los responsables de hacerla cumplir lo toleran. Detrás de la anomia se suelen esconder otros fracasos. Desórdenes públicos y violencia, atropello a la ley por el pueblo y a veces por los que gobiernan. Falta de cumplimiento a las obligaciones públicas y privadas, prácticas de sálvese quien pueda a pesar de contar con condiciones favorables y normas escritas, que no se cumplen.

La adicción a la inflación en estas etapas del siglo XXI, va generando otras desgracias a las ya conocidas en otras ocasiones. Además de ir minando la riqueza real y generar aumento de la pobreza e indigencia, esconde al delito y la drogadicción en niveles nunca imaginados, como los que nuestra sociedad sufre en la actualidad.

Una visión para el futuro

La Argentina enfrenta un futuro de extraordinarias posibilidades, ante la mundialización y desarrollo de un mundo superpoblado que reclama, lo que la Argentina produce; o sea alimentos. A semejanza de la época en que éramos el granero del mundo, hoy somos si lo sabemos aprovechar, la satisfacción para nuevos mercados, en los que su desarrollo los obliga a ser consumidores de granos, oleaginosas y carnes de tecnología argentina. Sin embargo en lo inmediato, hoy en carnes vacunas enfrentamos además de la extranjerización y desmantelización de la industria frigorífica, el desconcierto de los productores ante medidas erráticas que no invitan a la rápida recuperación del stock, que sería posible y deseable. Por el lado de la producción agrícola la sojización masiva actual perjudica los mercados de trigo y maíz, perdiendo posibilidades internacionales con un encadilamiento del monocultivo, que retrasa el verdadero desarrollo, ante la voracidad fiscal.

Nuestra Academia no tiene la responsabilidad de los problemas de política económica apuntada, pero si la obligación social de destacar errores y tratar de orientar a los responsables y a la comunidad, para aprovechar la gran oportunidad que nuevamente tenemos. Los que tuvimos la fortuna en la vida, de poder colocarnos en una posición expectable y reconocida, tenemos el deber de tratar de retribuir a esa sociedad para impulsar su progreso, disminuir la pobreza, mejorar las condiciones de vida, en el ámbito que se relaciona con nuestro competencia y saber.

Es fundamental, para las actividades de la Academia crear los puentes generacionales con las Universidades, Institutos, empresas y la sociedad misma, ayudando a motivar a las nuevas generaciones, en la mística del trabajo, la investigación y la equidad para impulsar el desarrollo de nuestro país, bajo el impulso de las condiciones que generan la producción agropecuaria moderna. Los hombres ya «hechos» que componen nuestra corporación debemos saber crear vínculos con los jóvenes estudiosos, comprendiendo sus necesidades y las angustias que marcan los nuevos tiempos, para ayudar a resolver los difíciles problemas sociales, económicos, políticos y religiosos que enmarcan al siglo XXI. En ese sentido nuestra Academia y sus filiales correspondientes del interior, debe intensificar su labor formativa, mediante cursos, seminarios y acciones que impulsen el desarrollo del interés por lo agropecuario en las nuevas generaciones.

Es importante eliminar el error común, de que la nuestra es una producción primaria. El desarrollo de los productos del campo, contienen un trascendente influjo tecnológico, que comienza, incluso desde antes de producirse el producto. Es fundamental que la investigación y desarrollo en la cadena de valor agropecuaria, incentive a las nuevas generaciones a reconocer el valor de la nueva vida agraria y facilite la retención de la gente a trabajar en el campo. Cuando se desarrollan las nuevas industrias que producen los bienes agropecuarios, se abren muchos campos. Comienzan con la genética vegetal

y animal, siguen con múltiples disciplinas que abarcan desde la sanidad animal y vegetal a la química del suelo, desde su laboreo y agromecánica, hasta la producción de alimentos, desde el metabolismo animal y vegetal, hasta el marketing internacional, y se abren nuevos surcos multidisciplinarios, en la producción de bienes y consumos, que generan nuevas formas de vida.

Además de la alimentaria, no debemos olvidarnos de la importancia en otros campos y otras industrias derivados de los animales y plantas para la producción de fibras textiles, como también el desarrollo del bosque y de las industrias derivadas de la madera y el papel.

Un párrafo esencial corresponde finalmente a la transformación de los vegetales como generadores de combustibles y el singular futuro que se nos plantea como posibilidad complementaria o alternante del uso de combustibles fósiles.

Finalmente en nuestro mensaje, hacemos votos para que en estos segundos cien años de labor como Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, ayudemos a orientar a la sociedad argentina, cumpliendo así, con los símbolos que representa la Diosa «Ceres» de nuestro sello y con el mensaje de las «cárítes» griegas de los jardines de la primigenia Academia de Atenas. Vaya en ese simbolismo, mi exhortación que encierra el deseo de que podamos ver los problemas con la brillantez de la inteligencia, aceptarlos con la benevolencia de la sabiduría y asumirlos con la alegría del espíritu, que como toda alegría en el fondo, nos impulsa a la esperanza. Recordemos siempre, que cuando Pandora abrió la caja y diseminó por el mundo los defectos y las virtudes humanas, quedó en el fondo de la caja, como reserva final, la esperanza.

Muchas gracias.